

En el centenario de Reverón

Iniciación y revelación

Pedro Trigo

No es tan seguro que los ojos vean por sí solos. Ver viene a ser una operación cultural. Los ojos han de ser educados. Sólo a través de los siglos los seres humanos vamos logrando ver formas, colores, figuras que siempre estuvieron ahí, al alcance de la vista. Carpentier pone el ejemplo de la espiral: "Contemplando un caracol —uno solo— pensaba Esteban en la presencia de la Espiral durante milenios y milenios, ante la cotidiana mirada de pueblos pescadores, aún incapaces de entenderla ni de percibir siquiera, la realidad de su presencia" (El Siglo de las Luces). Por lo que toca a Nuestra América basta con ver las descripciones de tantos cronistas o las ilustraciones de tantos dibujantes para comprender en qué grado más que ver trasponían modelos ya codificados o proyectaban viejas fantasías. "La invención de América", así ha sido calificada la acción de Europa sobre nuestro continente. Invención, no en el sentido de descubrimiento sino en el de creación, que es así encubrimiento. Por eso a propósito del quinto centenario se ha hablado de "los no descubiertos" y podría hablarse con gran propiedad de lo no descubierto.

Ver es en un primer momento comparar con lo visto. Creemos que eso ha sido principalmente América para los europeos que, desde fuera o nacidos en ella, han tenido hasta ahora dominio sobre ella y han definido las coordenadas vigentes. Desde las ilustraciones americanas que aparecieron en libros europeos ya en el siglo XVI hasta los dibujos de los viajeros del XIX, desde las descripciones de Colón hasta las de Chateaubriand es fácil advertir que informan más sobre sus autores que sobre las tierras y gentes a las que dicen referirse. Y lo mismo podemos afirmar de gran parte de la literatura o pintura producida en América Latina hasta muy entrado nuestro siglo.

Si nos acercamos más a nuestras playas podríamos decir que el trópico es un conjunto de tópicos. Porque pocas personas que lo han vivido desde dentro han sido capaces de dar cuenta de su experiencia. Los criollos en general han vivido defendiéndose de él y cuando al fin lograron neutralizarlo, aislándolo de él, regresaron a él de excursión, como a tierra exótica, llevando sólo piel y músculos para consumir mar y sol hasta quedar ahitos y regresar nuevamente a las costumbres. La gente popular, fundamentalmente negros y mulatos, sí habitan el trópico, pero ordinariamente no se despegan tanto de él como para plasmarlo. Parecieran pertenecer al trópico como si fueran sus naturales, como las olas o los uveros, como los cocoteros o un galpón abandonado.

Para un occidental, también para un criollo, sumergirse en el trópico tiene algo de viaje iniciático, un viaje peligroso, sin retorno. No es impune sucumbir a su hechizo. Es claramente pasar a otro mundo, nacer a él. Y para eso, inevitablemente, ir muriendo de algún modo al mundo propio. Es claramente el caso de Reverón. El percibió la luz y se puso a vivir en ella y empezó a ensayar hasta que fuera tomando cuerpo en la tela, o mejor, ganando espacio en ella hasta colmarla. Pero para eso tuvo que ir despojándose de técnicas y materiales, porque ellos ponían la naturaleza y a la vez la disfrazaban de su propia con-

sistencia y así la ocultaban. Fueron precisos veinte años de camino para que al fin apareciera la luz desnuda, la propia luz, ella. Era una luz tan intensa que, tras haberse tragado la materia de la tierra, se devoraba a sí misma, se iba volviendo ciega y por eso aparecía sólo como una vaga hinchazón, más allá incluso de la blancura, basculando ingrávida sobre la fuga de las formas. Para el año 29 en *Paisaje en azul*, p.ej. ya tenemos plasmado ese milagro.

Reverón nos ha revelado uno de los semblantes del trópico, un semblante hasta él inédito; y para revelarlo ha tenido que reinventar la pintura: desde los materiales (pinceles, colores y lienzo) hasta el modo de distribuirlos (función de la base, que actúa como forma, o ausencia de ella; todo dentro de una sobriedad que casi ronda el vacío). Y así, quien comenzó de un modo convencional en la academia, acaba descubriendo su propio mundo, su propio tema, y plasmándolo en coletes, con tierras y hierbas recogidas y maceradas por él en vez de colores comprados, y con torpes brochas de tela en vez de los versátiles pinceles de pelo. Y así, poco a poco, a la vez que uveros, laderas que caen al mar, ranchos, galpones viejos y cocoteros, Reverón nos entrega "estados de ánimo" del trópico, ambientes, atmósferas, climas: nos atrapa el resol, la vibración de la luz, la atonía de la luz total, la embestida de la luz, la luz turbia como si estuviera sucia o enferma, el brillo de la luz poniente... Pero todo esto, en sí, desnudo de anécdotas. Y también sin pretensiones; como si el único afán del sujeto fuera desnudarse de sí para consagrarse por entero a transcribir la luz que se hace presente. Esa capacidad de desnudarse de sí hace posible desnudarse también del deseo y llegar a plasmar mujeres (casi siempre la misma mujer: Juanita, su compañera) que simplemente están ahí, cuerpos que nacen desde sí mismos y se tienden, gozando sencillamente de la laxitud de la sombra. No son retratos de personalidades ni objetos de varón, son seres humanos que se muestran desde su inocencia. Ahí está su particular belleza, que nos atrevemos a decir clásica, su humanismo.

Mucho se ha escrito y a veces muy erudito sobre Reverón. Nosotros queremos rendir homenaje a este compatriota criollo que se perdió de su mundo porque había encontrado un tesoro mayor: un mundo secreto, aunque tan cercano, y una compañera-guía para hallar el camino y para ir aprendiendo a estar en él, a habitarlo. Y así, desandando siglos, fue capaz de vivir con una indígena y aprender de ella y mantener ambos una relación simbiótica, en la que estuvo ausente el dominio. Fue una relación fecunda. Aunque eran demasiadas las cosas que debía desestructurar para reestructurar de un modo distinto; era demasiado absorbente el empeño; era demasiado solitaria y a contrapelo la aventura; y algo reventó por dentro. Sin embargo los restos del naufragio valen más que tantas vidas sin riesgo ni apuesta, más que tantas importancias de pacotilla. Y la prueba de su trascendencia es que, aun expuesto, Reverón sigue estando inédito, porque sólo quien de algún modo se aventura puede reconocer su hallazgo.